laRepúblicaCultural.es
La cultura nos hará libres
INICIO | Literatura | Música | Artes plásticas | Historia | Artes escénicas | Primer pl

CRITICA

José Henríquez

Desborda placer, arte e ideas el espectáculo Staying Alive, el regreso de la compañía compostelana Matarile Teatro a los escenarios, tres años después de la premonición de su título de despedida: Cerrado por aburrimiento. ¡Vamos a empezar! (www.matarileteatro.net)

En Compostela, el edificio entero que albergó al **Teatro Galán**, sede de Matarile (1993 a 2005), está hoy desguazado y en venta; cerradas las salas Nasa y Yago; borrado de sus calles y plazas desde 2007 el Festival **En Pé de Pedra**, uno de los encuentros más importantes de danza contemporánea en España, que sostuvo Matarile durante doce años…

En medio de estas ruinas del despotismo político y el saqueo financiero del dinero público, Ana Vallés y Baltasar Patiño decidieron revivir a su compañía Matarile Teatro. En julio pasado habitaron un auditorio abandonado que les cede la Universidad de Santiago. Allí literalmente han construido su obra Staying Alive, palmo a palmo, aprovechando sus tripas y restos, transformando a pulso ese descampado en un gran teatro humano donde ha ocurrido la maravilla, en sus funciones desde el 27 de septiembre al 5 de octubre.

Staying Alive (Seguimos vivos) se puede disfrutar y acompañar como una obra multidireccional de danza, teatro e imágenes, como una performance a lo bestia. En un auditorio de unos sesenta por treinta metros, convertido en inmenso salón de baile, desde todos sus rincones surgen y conviven con los espectadores sus cuatro intérpretes, las actrices / bailarinas Mónica García, Rut Balbís, Nuria Sotelo y Ana Vallés, en un carnaval de transformaciones al ritmo de un espacio sonoro y lumínico vivo.

En acciones y cuadros casi simultáneos, entre el público y en distintos puntos del enorme escenario (puertas, escalas, balcones, columnas…), el espectáculo despliega sus ricas estelas en una espiral de órbitas que giran en torno al acto mismo que está ocurriendo, “seguimos vivos”, habitamos la escena “entre el miedo, el amor y el placer”.

El teatro invisible

En una primera órbita de Staying Alive giran La Mujer Invisible y su teatro, una figura que anuncia y compone a través de todo el espectáculo Ana Vallés, directora de la obra que ha creado junto a sus compañeras.

“Es posible que hoy me escuchéis pero no podáis verme. No es ningún problema de iluminación. La única razón es que a veces no se me ve; soy invisible”: desde estas primeras palabras, traza la

feliz afirmación de un frágil arte de las personas, que mezcla con olímpica libertad la música, la danza, la palabra, en un irónico contrapunto con el esquematismo y el vacío del "teatro oficial".

"El arte en manos del mercado", dirá una de las intérpretes cuando culmina un cuadro apocalíptico de Mónica García, que será síntesis del espectáculo. Antes, en mitad de la obra, la misma bailarina reflexiona sobre los peligros de "exponerse demasiado al arte y la belleza".

En sus últimos espectáculos, Matarile ha ironizado el desprecio y el ocultamiento oficial del teatro de creación, motivo que puede ser el núcleo del estreno que prepara para 2014, Teatro invisible. Ana Vallés como otros artistas de su línea siguen incomodando a la Inspección General de Dramaturgia y a las muestras de autores españoles, que no sabe qué etiquetas graparle en la piel: ¿hace teatro o hace danza?, ¿es gallega, es autora, escritora, actriz, bailarina, saltimbanqui?

En esta misma órbita, La Mujer Invisible presenta a las artistas de su "troupe" y las conduce en la función, en unos roles o figuras que las intérpretes van haciendo y deshaciendo: La Maga (Rut Balbís), La Protagonista (Mónica García) y La Visionaria (Nuria Sotelo). En la estela de Matarile, oscilan a todo el ancho de la acción la ironía y el lirismo. En distintos pasajes, cada una de estas figuras juega a captar la atención del público y hacer "su número", muestra al mismo tiempo la fragilidad de su fingimiento y de su empeño y la rotundidad de su cuerpo y su persona.

En un momento, La Directora ironiza estos juegos: "Presento a tres aspirantes al Centro Coreográfico Galego…". Pero antes, La Protagonista ha creado un puente: "Estoy aquí para explicar este espacio inmenso, vacío, hueco, esta construcción deshabitada. No estoy aquí para defender mi persona, ni a estas personas. Estoy aquí para intentar encontrarle un sentido, para descubrir su intención final, para ver si se produce una epifanía."

Y despliega su baile ante una pantalla lateral, resucitando lo que fuera el "escenario" del ruinoso auditorio.

Luego, sobre ese estrado, La Maga, la Directora y La Protagonista se calzan pelucas, gafas y narices postizas. "¿De qué estábamos hablando?", pregunta La Directora, y se contestan a sí mismas citando a trío a Roberto Bolaño: "El mundo está vivo y nada vivo tiene remedio. Esa es nuestra suerte."

La Maga se hace enana, contorsiona su cuerpo casi hasta desaparecer. La Visionaria se convierte en chulo ensombrerado, en tambor de la banda circense, en gigante, en mujer lámpara, en domadora. La Protagonista hace la diva y la acróbata se cuelga de los balcones del auditorio. Las cuatro hacen la orquestina del circo y desfilan.

El arte invisible estalla en una multiplicidad de planos e imágenes al ritmo de una partitura lumínica que transforma los recursos del recinto (bombillas en puertas, habitaciones, butacas apiladas en un rincón…), entrelazando los efectos espectaculares de la bola de espejos, del cañón, de un foco central colgado, de la luz que barre en vertical la escena, haciendo apariciones y desapariciones. Las músicas funden circo, revista, salón de baile.

Epifanía de la Mujer Fatal

En una segunda órbita del espectáculo, en mitad de la representación, La Directora declara: "Soy misógina", en una ironía de alguna etiqueta que han pinchado a Ana Vallés.

Confiesa su entusiasmo por Las Mujeres Fatales de las artes y apostilla que "mujer fatal" es un estereotipo masculino, elevando como su musa a la cantante bonaerense Ada Falcón, "la emperatriz del tango" en los años 30, aquella que "después de sus baños de espuma salía a pasear en su descapotable rojo por la Avenida Libertador con el exquisito afán de que el viento

secara sus cabellos.” De Ada Falcón cuentan que dijo el maestro Santos Discépolo: “Era tan linda que hacía mal mirarla”.

La Directora se acerca a los espectadores y les pregunta directamente sobre sus “mujeres fatales preferidas” y un cañón de luz hace aparecer desde las puertas del fondo a las tres “aspirantes” de su troupe, convertidas en vedettes de lentejuelas, que caminan hacia el público, bailando al ritmo de la canción Stayin’ Alive, de The Bee Gees, mientras en el piso una bola de espejos multiplica los centelleos. Hacia el final, La Maga y La Directora vuelven a evocar a la Falcón, y bailan al arrullo de su voz el vals fatal que le compuso su amante Francisco Canaro: “Yo no sé qué me han hecho tus ojos, que al mirarme me matan de amor”.

El peso del mundo

Una tercera órbita que gira en todo el montaje es la Europa en crisis financiera. Escribe Ana Vallés en el programa de Staying Alive: “Desde la peor Europa posible. A pesar del miedo, o por encima del miedo, ese miedo incierto que vivimos en Europa, sobre todo los habitantes del sur. Partiendo de lo difícil que es ver lo que tenemos delante de nuestros ojos, surge la necesidad de plantearnos cuál es nuestro lugar en el mundo.”

Hay una curiosa diagonal plástica entre un mapamundi escolar colgado a la izquierda del espectador y un esqueleto humano sentado al fondo del auditorio. Ante ese mapa comienza La Directora el resumen de los axiomas de George Steiner para definir Europa: sus cafés omnipresentes, sus paisajes transitables, su historia inscrita en la nomenclatura de sus ciudades y su doble ascendencia griega y judía, filosófica y religiosa.

En el espacio se superponen tres instalaciones simbólicas: a la entrada del auditorio, un minúsculo globo terráqueo y un pequeño cráneo animal sobre virutas; el mismo motivo se reproduce a mayor tamaño en un pasaje hacia el final de la representación y se triplica en la escenificación que hacen las cuatro intérpretes en el centro del espacio, cuando esparcen virutas y desnudan a Mónica García y la colocan en diversas poses, con un globo terráqueo en una mano y un cráneo humano en otra. Sobre esta esfera La Directora mide con su pulgar e índice: “Europa es esta cagarruta en el mundo”, y cuenta el último axioma de Steiner: vivimos quizá el final de una civilización.

Cuerpos como Atlas

En ese paisaje de sombras y destellos, donde La Protagonista anhela la epifanía y al rato baila con un hueso en la boca, así como la presencia de las artistas hace habitable y da sentido al auditorio desguazado, sus cuerpos bailando sostienen y elevan el mundo y a nosotros por un instante.

El despliegue y trenzado de cuatro actrices / bailarinas de cuerpos y movimientos tan distintos, sus juegos circenses y poéticos, sus ironías y fragilidades alcanzan dos visiones sobrecogedoras, síntesis materiales del espectáculo. Rut Balbís carga a hombros la bola de espejos como si fuera el mundo. La alta y fuerte Nuria Sotelo acoge Ana Vallés, leve y menuda, en un abrazo y un baile de una ternura sublime. No queremos marcharnos, somos felices, quisiéramos seguir habitando esta maravilla, pero el teatro invisible se despide, con ironía: “Señoras y señores, nos estamos yendo. Alguien cierra la puerta, eso es todo. Y nosotros nos vamos con la música a otra parte. Pero no nos olviden. Y no se olviden: **¡compren teatro**, **compren poesía**, **compren empanada de manzana!"**.